

## AGUILAR

➤ Sólo una dirigencia política amplia puede superar el positinismo y la indiferencia en que estamos atrapados.

# Resignación e indiferencia

**LUIS F. AGUILAR**

Lo que hace falta para tocar fondo es que aceptemos como normal el aluvión de problemas y males que nos caen encima desde diversos lados y nos acostumbremos a que la sociedad mexicana sea un pozo negro de criminalidad e infracción, la economía una actividad en que numerosos sectores no alcanzan la madurez de la productividad y competitividad, la clase política un agrupamiento de personajes mediocres pero costosos, la administración pública un aparato ineficiente y proclive a la corrupción, el gobierno una autoridad oscilante entre la contundencia discursiva, la buena fe y el bajo desempeño. Sería terrible y despreciable que la inseguridad, la improductividad y la mediocridad llegaran a ser las características dominantes de nuestra sociedad y que el miedo, una vida social pobretona y la lamentación permanente fueran el estado de ánimo nacional hasta el punto de pensar que el estado de excepción es el Estado y que nuestro destino social es ser un país de media tabla.

Ya estamos caminando en esa dirección, pues es tan agobiante como cotidiano saber de crímenes, ilegalidades, problemas, caída del país en los índices sociales y económicos mundiales, partidos divididos e irreconciliablemente antagónicos, políticas ineficaces, carencia crónica de recursos públicos y ahora profecías de estallido social. Este agobio de malas noticias y opiniones calamitosas, desde el desayuno hasta la hora de irse a dormir, ha ido produciendo dos efectos sociales preocupantes: la costumbre de pensar que la realidad del país es así y no puede ser de otra manera y la costumbre de volvernos distantes e indiferentes ante la violencia, mediocridad,

caída e histeria de estos tiempos. Las dos actitudes tienen efectos sociales demoledores.

El realismo resignado de que las cosas en este país son así y no pueden ser de otra manera nos hace simpatizar con las críticas que magnifican el mal nacional y golpean a los villanos políticos preferidos, pero nos vuelve también escépticos frente a los cuestionamientos del país que se sustentan en argumentos técnicos, morales o legales y ofrecen respuestas de reordenamiento. El realismo negro termina por bloquear la exigencia de vivir de otro modo, de dejar de ser el engendro social que nos hemos vuelto. Por otro lado, la deliberada y distante indiferencia ante los delitos, las aberraciones y los problemas que ocurren a nuestro alrededor nos lleva al desapego social y a la deserción cívica. Las dos actitudes se retroalimentan. A ma-

yor mal social, mayor resignación y mayor desapego. Si se cree que el país no puede ser más que una sociedad de infractores, bandas criminales y policías cómplices, políticos arcaicos en desacuerdo permanente, poderes fácticos que tienen capturada a la legislatura y la política, y medio mundo dependiendo de los dineros del Estado... es lógico que la literatura negra del país sea la creíble, la interesante, y pueda crecer el número de los que soliciten un pasaporte.

En este tiempo ir en busca de problemas es más fácil que ir en busca de respuestas. Abundan las situaciones que calificamos como problemas nacionales, mientras escasea el acuerdo sobre las acciones que pueden causar cambios en nuestras condiciones actuales de vida incierta, temerosa, desorganizada y pobretona. Las respuestas son diversas según la historia social de los países. En el nuestro, en el que la

actividad económica y civil sigue siendo en gran medida sostenida por los programas públicos y el gasto público, la respuesta no puede provenir más que desde la política misma. Si la sociedad está colgada de los hilos del Estado, la respuesta no puede sino provenir de aquellos que prácticamente tienen los hilos del Estado en sus manos. Puede provenir de la política en tono menor, a partir de acuerdos y alianzas entre los partidos y sus líderes, los cuales mostrarían finalmente que tienen algún compromiso robusto con el futuro del país. O provenir de la política en tono mayor, a partir de acuerdos y alianzas firmes entre la clase política y las organizaciones privadas y sociales relevantes, a fin de dar forma a un liderazgo nacional potente.

El inicio de una nueva legislatura y el comienzo de la segunda parte del gobierno presidencial pueden ser una oportunidad para dar forma a la dirigencia política que requerimos, a una coalición líder del país, que resuelva problemas en vez de crearlos. Para comenzar a salir del hoyo se requiere un agrupamiento dirigente, un liderazgo político asociado de Presidencia y legislatura. Si por oportunismos electorales y obsesiones ideológicas no les importa al PRI, PAN, PRD formar una dirección nacional coherente y esencial, debemos preguntarnos cuál es el aporte social de eso que entusiastamente hemos llamado política democrática y poder público. Sin dirigencia política, nuestro futuro previsible será la exacerbación de los hechos del realismo negro y el incremento de la indiferencia de numerosos ciudadanos ante la maldad y precariedad de su entorno social. Seremos peores y menos.

